

ad te, vel abducat à te. Nulli placere appetam, vel displicere timeam, nisi tibi. Vilescent mihi, Domine, omnia transitoria; et chara mihi sint omnia tua propter te, et tu, Deus, præter omnia. Tædeat me gaudii quod est sine te, nec aliquid cupiam quod est extra te. Largire tandem mihi, Domine Deus meus, ita tuis beneficiis uti in via per gratiam, ut tandem tuis gaudiis in patria perfruar per gloriam. Per Dominum nostrum Jesum Christum, etc.

« O Dios lleno de misericordia , dame gracia para que exami-
 « ne diligentemente , conozca verdaderamente , desee ardiente-
 « mente , y cumpla perfectamente todo lo que á ti te agrada , y
 « que todo sea para mayor honra y gloria tuya. Dispon todas las
 « cosas en el estado en que me has puesto , y dame á conocer
 « aquello que quieres que yo haga , ayudándome á cumplirlo co-
 « mo conviene para el mayor bien de mi alma. Concédeme , Dios
 « y Señor mio , que ni las prosperidades me envanezcan , ni las
 « adversidades me acobarden ; y que ni unas ni otras me atro-
 « pellen , no alegrándome sino de lo que me acerca á ti , no
 « entristeciéndome sino de lo que de tí me aparta. No permitas
 « que aspire á complacer , ni que tema desagradar á otro que á
 « ti solo. Sean despreciables para mí todas las cosas caducas ,
 « y solamente las ame todas por tí ; pero á ti sobre todas.
 « Cáueme tedio toda alegría que sea sin tí , y fuera de ti nada
 « apetezca. Finalmente , Dios y Señor mio , concédeme que de
 « tal manera me aproveche en esta vida de tus beneficios por
 « tu gracia , que merezca gozar en la patria celestial las de-
 « licias de la gloria. Por nuestro Señor Jesucristo , etc. »

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN ALEJANDRO, obispo, en Cesarea de Palestina, el cual habiendo venido de Capadocia, de cuya ciudad era obispo, á Jerusalem á visitar los santos lugares; y siendo entonces obispo de Jerusalem Narciso, de edad muy avanzada, por revelacion de Dios se quedó Alejandro gobernando aquella Iglesia; despues siendo ya tambien muy anciano y muy venerable por sus canas, en la persecucion de Decio fué preso y llevado á Cesarea, en donde encerrado en una prision consumó el martirio por la confesion de Jesucristo.

SAN NARCISO, obispo, en Ausburgo, el primero que predicó el Evangelio á los Grisones; despues habiendo pasado á España, convirtió á muchos infieles á la fe católica en la ciudad de Gerona; y en esta ciudad, en la persecucion de Diocleciano, consiguió la palma del martirio

en compañía de FELIX, diácono. (*Véase su vida y la de S. Felix, su diácono, en las de este día.*)

DIEZ MIL SANTOS MÁRTIRES, en Nicomedia, los cuales fueron degollados por confesar á Cristo.

LOS SANTOS MÁRTIRES TROFIMO Y EUCARPIO, en el mismo día.

SAN EDUARDO, rey, en Inglaterra, el cual fué muerto por traicion de su madrastra, y resplandeció en muchos milagros. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN CIRILO, obispo, en Jerusalem, el cual por defender la fe católica padeció muchas injurias de parte de los Arrianos, y fué desterrado diferentes veces de su Iglesia; por último esclarecido en santidad murió en paz: de la pureza de su fe dió buen testimonio un concilio general escribiendo al papa Dámaso.

EL TRÁNSITO DE SAN FRIGDIANO, obispo, en Luca, ciudad de Toscana, esclarecido en milagros: su fiesta principal se celebra el día 18 de noviembre, cuando fué trasladado su santo cuerpo.

SAN ANSELMO, obispo y confesor, en Mantua.

SAN GABRIEL, ARCÁNGEL.

Por particular concesion de la Silla apostólica se celebra en los reinos de España la festividad del gloriosísimo arcángel San Gabriel, como á quien debemos el singularísimo beneficio de haber anunciado á la santísima Virgen y Señora nuestra la encarnacion del divino Verbo, y haber traído al mundo la noticia de su mayor gozo y consuelo, que por tantos años habia sido el objeto de las esperanzas de los justos, el blanco de sus suspiros y oraciones, y el fin á que se dirigian las magníficas promesas que el Omnipotente habia hecho á su pueblo, sacándole de Egipto, y trayéndole á la tierra de promision, señal manifiesta de que algun dia habia de sacarle de la esclavitud del demonio en que vivia desde la primera culpa, y habia de traerle al conocimiento perfecto de su santa ley, por medio de un libertador que destruyese el imperio de la muerte, y fuese el redentor de todo Israel. Estas grandes y verdaderas promesas las conocieron particularmente los justos del antiguo Testamento; y como observa el padre S. Agustin, á proporcion que se iba acercando el tiempo de su cumplimiento, fué tambien haciéndose mas pública y mas notoria esta certísima esperanza en toda la nacion hebrea, de la cual habia de nacer el Redentor deseado.

Habiendo leído Daniel en el profeta Jeremías el misterio de la desolacion de la ciudad santa, entró en vivísimos deseos de entenderlo, y para ello comenzó á afligirse con ayunos, oraciones, silicios y otras penitencias; confesando al mismo tiempo sus pecados y los de su pueblo de Israel, y perseverando en tan santos



S. GABRIEL ARCANGEL.

ejercicios, mereció que el Señor enviase al glorioso arcángel San Gabriel para que le declarase aquel misterio, y le manifestase todas sus particularidades, movido sin duda de los fervorosos deseos y humildes oraciones que había dirigido al Todopoderoso.

De este mismo medio se valió el santo Zacarías, de quien nos dice S. Lucas que viviendo en la observancia de todos los mandamientos y justificaciones del Señor, mereció que se le apareciese en el templo el mismo glorioso arcángel, y le dijese: *No temas, Zacarías, porque han sido oídas tus oraciones en presencia del Señor; y sabe que tendrás un hijo, que será tu gozo y alegría, y ha de ser grande delante del Altísimo.* Así se verificó, naciendo al tiempo señalado por el arcángel el precursor S. Juan Bautista, que fué grande en la presencia de Dios y de los hombres.

La santísima Virgen María se empleaba igualmente en estos ejercicios, y aunque con un espíritu nada semejante a los de su nación, que esperaban al Mesías revestido de majestad y grandeza, se creía, como en efecto lo era, una pobre y desconocida doncella, una mujer nada recomendable en el mundo por sus gloriosas acciones, como Débora, Esthér, Judith y otras semejantes; nada ilustre por sus crecidos patrimonios ó ricos intereses: una doncella, que aunque desposada en medio de su pueblo, no había anhelado el matrimonio con la esperanza de lograr por este medio una numerosa generacion que perpetuase su memoria, sino que sin haber tenido ejemplo que imitar en los tiempos anteriores, había consagrado á Dios su virginidad perpetua, y formándose el heróico proyecto de permanecer virgen todo el tiempo de su vida, ya se ve que no podía tener ni la esperanza mas remota de que hubiese de nacer de ella el Mesías deseado: con todo, persuadida como los justos y patriarcas de su pueblo, de que había de salir de él el deseado de las gentes, convencida tambien de la verdad de las profecias, enviaba no obstante al cielo incesantemente sus suspiros y oraciones, solicitando la venida del Redentor. De lo íntimo de su corazón purísimo clamaba á Dios con el Profeta: *Ven, Señor, á visitar-nos en paz; ven, y perdona los pecados de tu pueblo de Israel.* Una súplica tan fervorosa penetra los cielos, abre sus puertas, y consigue que se comuniquen sus bienes á la tierra.

En efecto, aquel Padre celestial, cuyas misericordias son sobre todas sus obras, envia uno de aquellos soberanos espíritus que asisten á su trono, para que certificase á la santísima Virgen haber sido oídas y despachadas felizmente sus oraciones. El

glorioso S. Gabriel es el que destina Dios para traer la embajada mas interesante que jamás pudo hacerse de los cielos á la tierra; siendo tambien el primero entre todas las criaturas á quien se comunicó el secreto del supremo consejo de la Trinidad beatísima. Rompe, pues, las celestiales esferas, y en alas del deseo de nuestra reparacion, entra en Nazareth de Galilea, y en traje de un jóven tan gallardo como honesto, entra al retrete, donde á la sazón se hallaba la santísima Virgen empleada en sus acostumbradas oraciones; y puesto en su presencia, la saluda de esta suerte: *Ave, María, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres.* Turbóse la Virgen al oír estas palabras, y pensaba qué nueva salutacion seria esta de parte de un ángel; pero S. Gabriel la aseguró, añadiendo: *No temas, María, porque hallaste gracia en la presencia de Dios: sabe que has de concebir y parir un hijo, á quien llamarás Jesus, y será tambien hijo del Altísimo. Este hijo reinará eternamente, y su reino no tendrá fin.* Oye la dificultad que la Virgen le propone, diciéndole: *¿Y cómo ha de ser esto cuando no he conocido ni conozco varon?* Si he consagrado á Dios mi pureza virginal, ¿cómo puedo concebir y dar á luz el hijo que me anuncias? Pero S. Gabriel la manifiesta que permanecerá incorrupto su virginal candor; que todo se ejecutará por obra del Espíritu Santo, y por virtud del Altísimo. Tambien la da otra alegre nueva, y es el feliz preñado de Sta. Isabel su prima, que habiendo permanecido estéril en su juventud, vino á ser madre en su vejez, y estaba ya en el sexto mes de su preñado, cosa que parecia imposible; pero nada hay imposible para Dios.

Tales han sido los honoríficos encargos que ha hecho Dios al arcángel S. Gabriel, como vemos en las santas Escrituras: señal manifiesta de que es el principal ó el sumo entre los ángeles, como le llama S. Gregorio, pues tratándose de la mas suprema embajada que jamás se hizo, ó se ha de hacer en el mundo, convenia que fuese destinado para ella uno de los primeros personajes del empireo. Tambien nos manifiesta el gran poder y valimiento que tiene con Dios este glorioso arcángel, y lo mucho que en su intercesion podemos confiar si le tenemos una verdadera devocion.

EL BEATO SALVADOR DE HORTA.

ADMIRABLE Dios en sus Santos quiso serlo de muchos modos en el beato Salvador de Horta, cuya vida fué una serie continuada de prodigios: fueron sus padres unos labradores ricos de la par-

roquia de Bruñola perteneciente al obispado de Gerona en el principado de Cataluña; los que reducidos á una suma pobreza, se vieron en la indispensable necesidad de pasar á el hospital de Santa Coloma de Farnés no léjos de su labor, á curarse una enfermedad que les sobrevino: donde fué tal el porte pacífico, y el particular agradecimiento que manifestaron los honrados labradores en todo el tiempo de su curacion, que movieron á los jurados ó capitulares de Santa Coloma á suplicarles que se quedasen en la misma casa de misericordia para cuidar de los enfermos. Admitieron gustosos este partido en fuerza de su miseria, y fueron tan grandes los servicios que hicieron al Señor en aquel ministerio de caridad, que queriendo Dios remunerarlos, les concedió al beato Salvador fruto de sus bendiciones, que nació en 1520, y en quien acreditó desde luego la Divina Providencia el particular cuidado que tenia de aquella dichosa alma, elegida para que manifestase al mundo una multitud de maravillosos portentos, capaces á ennoblecer al soberano Autor, que se complace en hacer uso de su omnipotencia por medio de las mas humildes criaturas.

Criaron sus padres á Salvador en el mismo hospital donde nació, y cuando tenia seis años poco mas ó menos le destinaron á que guardase unas ovejuelas. Llevólas á beber cierto dia á un canal que suministraba el agua á un molino harinero, y habiendo caído en el cubo inopinadamente, corrieron al instante á favorecer al niño unos hombres que estaban inmediatos; pero cuando creían que hubiese sucedido con él una fatal desgracia, le hallaron jugueteando sobre las aguas. Quedáronse admirados en vista del cual prodigio, y tuvieron por cierto que el Señor le conservaba para cosas grandes, como lo acredita la esperiencia.

Siendo de mas edad fué llevado á Barcelona, con una hermanita suya llamada Blasia, y fué colocado de aprendiz con un maestro zapatero en la calle llamada de la Boria. Concluido el aprendizaje y creciendo Salvador en la virtud conforme iba creciendo en edad, enamorado de la pobreza, y de la penitente vida de los religiosos de S. Francisco, se encendió en vivísimos deseos de abrazar el seráfico instituto. Pidió el santo hábito con la mayor sumision en el convento de Santa María de Jesus estramuros de Barcelona; y persuadiéndose los religiosos que un hombre de aquel carácter daría mucho honor á la religion, le admitieron gustosos para fraile lego, en el año 1540, estado muy conforme á la inclinacion del beato, que solo deseaba el emplearse en los oficios mas ínfimos y penosos, y santificarse en las humillaciones

Ningun novicio entró en la religion con deseos mas eficaces de aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion que Salvador: su humildad, su obediencia, su austeridad, su devocion, su ingenioso estudio en la virtud, y sobre todo su inocente simplicidad, siempre acompañada de cierto aire de santidad que se dejaba ver en sus acciones y movimientos, llenaron de admiracion á los mas ancianos religiosos, que confirmándose en la idea que concibieron al tiempo de su admision, esperaban ver cumplido su vaticinio dentro de muy breve tiempo. Hizo Horta su solemne profesion, y viéndose ya ligado con los votos esenciales que prometió á Dios en aquel acto, todo su pensamiento, y toda su ocupacion en adelante fué fundar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que era llamado. No se entibió en el beato aquel ardiente deseo de mortificarse que concibió cuando novicio: antes bien si cabe se aumentó en el discurso de su carrera religiosa; en fuerza de lo cual siempre anduvo descalzo dentro y fuera del convento, castigando su inocente carne con rigurosos cilicios, con sangrientas disciplinas, y con asombrosas penitencias; pero como estaba tan abrasado en el amor divino, que era el que le impelia á semejantes excesos, se valia del silencio de la noche para desahogar en el templo sus amorosos afectos para con el Redentor del mundo, y para con su Santísima Madre, á quien profesaba una devocion singularísima.

Dióle la obediencia á un mismo tiempo los oficios de portero y limosnero; y fué tanta la liberalidad con que socorria á los pobres el caritativo lego, mirando en cada uno la imágen de Jesucristo, que se vió en la precision el guardian de mandar cerrar todas las oficinas del convento, receloso de que daría el beato todas las provisiones que habia en ellas á los necesitados que se las pidiesen por amor de Dios. Súpose en Barcelona la providencia que tomó el prelado para contener los piadosos excesos de Salvador, y como todos lo amaban entrañablemente, le enviaban cargas enteras de pan para que pudiese socorrer á los pobres, creyendo que sus limosnas tendrían mayor mérito distribuidas por el siervo de Dios. Díjole un dia el guardian, que mirase que eran tambien los frailes pobres, á quienes debia socorrer primero que á los estraños; á lo que respondió el beato con su acostumbrada sinceridad: *Padre guardian, á mí no me dan los bienhechores las limosnas sino para que las distribuya con los pobres: Dios ya cuida de los hijos de nuestro padre S. Francisco segun su promesa, la que hasta ahora no ha faltado; pues no se sabe ni se ha oido decir que ninguno de ellos se haya muerto por falta de sustento.*

Quiso Dios manifestar con innumerables prodigios lo agradable que le era la ardiente caridad de su amado siervo, los cuales hicieron célebre su nombre en todo el reino de España, y en el de Francia. Concurrían á buscarle innumerables enfermos para que les curase de sus dolencias, y haciendo sobre ellos el beato la señal de la cruz los sanaba milagrosamente. Parecía regular que venerasen los hermanos á un hombre tan portentoso, en quien brillaba el don especial de milagros visibles á cada paso, y á cada momento; pero como el Señor solicitaba acrisolar la eminente virtud de Salvador con las pruebas que acostumbra, permitió que la misma gracia que recomendaba su santidad, sirviese de motivo para sus mayores persecuciones. Vino el provincial á el convento de Horta donde vivía el beato, y quejándose de él los religiosos, porque los inquietaba continuamente con la multitud de enfermos, que venían en su busca para que les sanase de los males que padecían, pidieron al prelado que le echasen del convento. Oyó el provincial la delación; y como si fuese delito el mérito, mandó á Salvador que dijese la culpa en el Capítulo. Tratóle de hombre alborotador é inquieto, y ordenó que en adelante se le llamase Fr. Alonso, para ver si con mudarle el nombre dejaria de ser conocido, y cesaria el concurso de gente. Y al mismo tiempo le dió obediencia para el convento de Reus, donde habia un guardian de áspera condicion, previniéndole que marchase antes de amanecer. Sufrió el siervo de Dios con inalterable paciencia todo aquel tropel de injurias, y retirándose á la iglesia á dar al Señor gracias, y á despedirse de la Santísima Virgen, se mantuvo en fervorosa oracion hasta la media noche, en cuya hora partió, para no ser visto, á cumplir la obediencia.

Llegó al convento de Reus, y como el guardian ya tenia noticia de los portentos del siervo de Dios, le dijo en tono muy desabrido: *¿Vienes á inquietar este convento, como lo has hecho en todos los que has estado?* Leyó la carta del provincial en que mandaba que no le llamase alguno Fr. Salvador sino Fr. Alonso, para desvanecer por este medio la concurrencia de los enfermos; y queriendo contribuir por su parte al mismo fin, le destinó á la cocina con precepto espreso de que allí rezase y orase, sin salir al público á hacer ningun milagro: y para que no anduviese ni aun por el convento, lo encerró en la misma oficina; ¿pero de qué sirven las prevenciones humanas cuando intentan oponerse á las divinas disposiciones? No pasó mucho tiempo de estar el beato en la cocina, cuando se llegaron á la iglesia, y á la portería del convento un gran número de enfermos, así de la misma villa como de otras

partes, clamando por el siervo de Dios para que los curase de sus dolencias. Creyó el guardian que en esto tuviese el beato alguna oculta inteligencia; y bajando á la cocina lo llenó de improperios. Sufrió Salvador la reprension con un sumo silencio, sin hablar palabra en su defensa; pero creciendo las voces, y los clamores de los enfermos, se vió en la precision de salir á la iglesia. Estaba ésta llena de cojos, tullidos, mancos, quebrados, etc. y mandándoles rezar la oracion del Padre nuestro y Ave María, haciendo sobre ellos la señal de la cruz, sanaron todos perfectamente. Quedaron en el templo una multitud de muletas, de cintas, de vendas de las que usaban los enfermos; y cuando debiera el guardian conmovirse á veneracion á la vista de aquellas insignias, que acreditaban tanto número de portentos, prorumpió irritado: *Aquí no ha venido este fraile sino á ensuciar el templo.*

Pero entre tantas persecuciones, se levantó una de las mas sensibles, pues fué acusado al tribunal de la Inquisicion por sus portentosas maravillas, creyendo que éstas nacían de otro principio, que de la gracia especial con que quiso Dios recomendar la santidad de su siervo; pero conociendo el santo tribunal que la causa que motivaba la acusacion era mas para recomendar su mérito, estuvo tan léjos de darle la mas leve reprension, que todos los señores del Santo Oficio le suplicaron que rogase por ellos á Dios; bien persuadidos del valimiento de sus poderosas oraciones. No cesaron por esto las persecuciones; mas como Dios cuidaba de la defensa de su fiel siervo, cuanto mas se empeñaban los hombres en perseguirlo, tanto mas hacia el Señor que resplandeciese su eminente santidad con maravillosos prodigios.

Finalmente, las repetidas instancias del guardian de Reus consiguieron del provincial que enviase obediencia al siervo de Dios, destinándole otra vez al convento de Jesus de Barcelona, y en él halló un prelado bondadoso, el cual lo recibió con mucha caridad, y jamás le impidió dispensar á los enfermos la gracia que Dios le habia comunicado. Apenas llegado allí Fr. Salvador, y se esparció por Barcelona la nueva de su llegada, cuando se vió llena la iglesia de Jesus y la gran plaza que habia delante, de enfermos de todas clases, á los cuales sanaba Fr. Salvador con la bendicion, segun su costumbre, y luego les ordenaba rendir las gracias á la santísima Virgen, por cuya intercesion habian conseguido la salud.

Llegó á la corte la fama de santidad y milagros que obraba Fr. Salvador, en términos de escitar vivos deseos de verle á los reyes Felipé II, y su esposa Isabel. Mediante una orden del general de la orden Fr. Salvador tomó el camino de la corte, y

llegado á ella, fué inmediatamente á besar la mano á los monarcas. Pero no estudió frases para hablar; y puesto ya en su presencia, les dijo en catalan, con su natural sencillez: *Dios que os ha criado, os bendiga. Jesus, Maria; ¿para qué me habeis hecho venir? ¿Qué sacareis de un pobre cocinero de S. Francisco?*

Deseando el rey honrar á quien tanto ensalzaba Dios, y considerando que precisamente habia de estar atropellado por la fatiga de un largo viaje hecho á pié y descalzo, mandó traer una almohada para sentarse el Santo. El humilde siervo de Dios, poco acostumbrado á tales obsequios, rehusó el honor que se le concedia; sin embargo, queriendo manifestar que no lo despreciaba, subió de pies sobre la almohada y dejó impresas en ella sus plantas lodosas, accion propia de su sencillez y candor; pero que no la hizo sino movido de un impulso superior. Otro monarca menos religioso hubiera tratado de groseria intolerable la accion del beato; pero Felipe II mandó retirar la almohada con aprecio de lo que habia servido de trono y sitio á un Santo; y muy luego experimentó en su augusta esposa cuanta virtud le habia comunicado el contacto de los pies de Fr. Salvador, pues padeciendo esta de calenturas, sin hallar remedio humano, por un superior impulso mandó traer dicha almohada y con gran confianza reclinó la cabeza sobre ella, y encomendándose al Santo, desde luego recobró la salud, con admiracion de todos los cortesanos.

Satisfechos los monarcas volvió Fr. Salvador á su convento de Jesus estramuros de Barcelona. Pero Dios, que no queria que muriese en su país, le reveló su voluntad; lo cual significó á otros religiosos una noche que fué con ellos á una cueva donde solia retirarse á orar, diciéndoles: *Puesto que aquí no me quieren he de morir fuera de la provincia.* Tomáronlo á burla los religiosos; pero llegó á Barcelona el P. Vicente Ferro, valenciano, instituido comisario provincial para la de Cerdeña; y poniendo los ojos en Fr. Salvador, rogóle fuese en su compañía; y como al siervo de Dios le constaba la voluntad divina, fácilmente defirió á la insinuacion del padre comisario. El dia de la partida se dirigieron á Barcelona, y dieron la vela en el año de 1565, siendo general entonces el sentimiento de los religiosos, y mayor el de los seglares, que perdian el médico de sus dolencias y un ejemplar de santidad. Cuando emprendieron la navegacion el tiempo prometia bonanza duradera; mas apenas estuvieron en alta mar, se desencadenó una tempestad deshecha. Sabiendo el varon de Dios que aquella borrasca no era mas que una estratagemas del demonio que le perseguia, no se intimidó, antes con grande

confianza, subió á la popa, hizo la señal de la cruz y se sosegó la tormenta. Empezó á soplar nuevamente el viento favorable y con él aportaron á Pulla, puerto de Cerdeña, distante treinta millas de Caller su capital. A su llegada al convento de Jesus de esta ciudad, conmoviése toda ella y aun todo el reino, congratulándose sus habitantes por haberles llegado el remedio universal para todos sus males. En efecto, comenzó á hacer uso del don especial de milagros que le concedió el Señor, y como los sardos viesen tantos portentos, estimándole como á un hombre venido de los cielos para beneficiar á su region, le tributaron aquel honor, y aquella veneracion, que no pudo haber en Cataluña. Vivió algun tiempo el siervo de Dios en Cerdeña siendo el objeto de los mas altos elogios de toda la isla, hasta que conociendo por la debilidad de su naturaleza, que se llegaba el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Murió en fin con la muerte de los Santos en el dia 18 de marzo del año 1567, reinando en España el serenísimo rey Felipe II, y se le dió sepultura en el espresado convento con asistencia del cabildo, nobleza y pueblo, pareciendo mas un triunfo que funeral. Celebró de pontifical el arzobispo, y dijo la oracion fúnebre el P. Peña de la Compañia de Jesus. Quiso Dios manifestar la gloria del beato con innumerables prodigios, de los que hizo una informacion auténtica D. Fr. Francisco Gonzaga, arzobispo de Mantua, religioso que habia sido del orden de S. Francisco, y presentada al papa Sixto V, aprobó, y confirmó todo lo contenido en la misma sumaria en el dia 3 de setiembre del año 1586, segundo de su pontificado. Nombró el papa Clemente VIII visitadores apostólicos regulares para la isla de Cerdeña, y noticiosos éstos de los muchos milagros del siervo de Dios, dieron comision á Fr. Dimas Serpi, varon de muchas prendas, para que hiciese justificacion de ellos, así en Caller, como en el principado de Cataluña. Presentóse á este efecto al obispo de Barcelona, que á la sazón era D. Alonso de Coloma, el que nombró á D. Francisco Olibon, para que acompañase á Fr. Dimas en la comision: formaron ambos el correspondiente proceso, en el que resultaron justificados plenamente muchos, y muy singulares milagros del beato, los cuales mandó su Ilustrisima por decreto de 30 de agosto del año 1600, que se publicasen, se leyesen, y se imprimiesen, si se considerase oportuno, en todo su obispado, á fin de que constase á todos los portentos hechos por el siervo de Dios en el nombre de la Santa Cruz.

Con la informacion de los milagros del siervo de Dios, y con

la justificacion de su culto inmemorial se recurrió á Roma en solicitud de su beatificacion, y confirmada por la sagrada Congregacion de Ritos en 13 de setiembre de 1710 la sentencia del eminentísimo cardenal Clemente, vicario de la ciudad, en que declaró, que constaba de inmemorial el culto del beato, esceptuado de los decretos de Urbano VIII, lo aprobó así el papa Clemente XI en el dia 29 de enero de 1711. Suplicó despues Fr. Bernardino de Nicea, procurador de todas las causas de beatificacion y canonizacion del orden de los Menores, á la sagrada Congregacion, que concediese permiso para que se celebrase el oficio del beato con rito doble en el dia 18 de marzo, que fué el de su dichoso tránsito, no solo en todo el orden, sino en la ciudad de Caller, donde se venera su cuerpo, en el lugar de Sta. Columba donde nació, y en Horta de donde tomó el sobrenombre por el mucho tiempo que moró en aquel convento: y se concedió así por el papa Benedicto XIII, en el dia 15 de julio del año 1724.

SAN EDUARDO, REY EN INGLATERRA.

No hay reino en toda la cristiandad que haya adorado tantos santos en su trono como el de Inglaterra, contando ya muchos S. Eduardo en su real casa, cuando nació á ser el mismo uno de los mas esclarecidos ornamentos de ella.

Fué nieto de Sta. Elgivia, hermano de Sta. Edita, tio paterno de S. Eduardo confesor, y vió la primera luz hácia el año de 962. Su padre el rey Edgar, apellidado el Pacifico, aunque con mayor propiedad se le pudiera llamar el conquistador, quiso se diese al príncipe una educacion en todo correspondiente, así á su religion, como á su real nacimiento. Fué bautizado por S. Duns-tano, arzobispo de Cantorbery, que no contento con haberle alcanzado del cielo aquella abundancia de bendiciones de dulzura con que le previno la divina gracia desde la misma cuna, quiso encargarse de su cristiana educacion.

La nobilísima índole del príncipe, y la feliz inclinacion que descubrió hácia la virtud desde sus primeros años, le ganaron desde luego el corazon de todos los ingleses. Y un aire majestuoso, un espíritu vivo, brillante, superior, unos modales apacibles, sosegados, siempre nobles, un corazon generoso y verdaderamente real, con una sólida virtud muy sobre la espectacion de su edad, le hicieron objeto de veneracion á toda la corte, y de admiracion á la Europa toda.

Admirabase principalmente en un príncipe tan jóven tanto amor á la religion; y en una edad que solo se gobierna por los



S. EDUARDO
REY DE INGLATERRA.